

Lagunas, Olvidos, Omisiones: Ejercicios de Geometría en la Construcción del Sujeto Antropológico.

Juan Carlos Skewes Vodanovic.

Cita:

Juan Carlos Skewes Vodanovic (2004). *Lagunas, Olvidos, Omisiones: Ejercicios de Geometría en la Construcción del Sujeto Antropológico*. V Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, San Felipe.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/v.congreso.chileno.de.antropologia/103>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evNx/gM6>

Lagunas, Olvidos, Omisiones: Ejercicios de Geometría en la Construcción del Sujeto Antropológico

Juan Carlos Skewes Vodanovic*

Resumen

Se propone una perspectiva para contribuir desde la antropología crítica a proyectos emancipatorios en el contexto de regímenes coloniales. Para hacerlo se retoma la preocupación antropológica por lo extraño en tanto sitio de recíproca infiltración de procesos culturales. El ejercicio antropológico ha permitido tornar en familiar lo exótico y en exótico lo cotidiano. Al hacerlo, ha permitido ahondar en dimensiones abandonadas por las corrientes de pensamiento hegemónicas que han acompañado la expansión capitalista en los últimos tres siglos. Fruto de tal esfuerzo, la antropología ha jugado para bien y para mal su papel de mediador cultural: sea para facilitar procesos coloniales y modernizadores, sea para proteger y promover la alteridad. No obstante, el discurso disciplinario ha producido su propia hegemonía, estableciendo un canon que crea: (i) inconmensurabilidad entre las culturas, (ii) alineamiento con las dominaciones locales, y (iii) exclusiones. Una mirada desde la antropología crítica fuerza a reconsiderar la contribución disciplinaria a partir del desmantelamiento de aquellos mecanismos implícitos en la construcción del sujeto antropológico y cuya operación refuerza la otredad como una condición de exclusión política. Para ello se plantea la posibilidad de, a partir de un protagonismo disciplinario, contribuir a los proyectos emancipatorios surgidos desde la historicidad propia de las poblaciones subordinadas.

Introducción

En esta ponencia me propongo plantear el necesario tránsito que cabe hacer a la antropología desde la crítica moral a Occidente hacia una contribución para la reconfiguración de los paisajes sociales en el contexto de las relaciones coloniales. Procuero pues salir de un espacio de autoflagelación para indagar en las posibilidades que la disciplina tiene de contribuir a proyectos emancipadores en el marco de espacios limitados de maniobrabilidad. Dicho esto he de agregar dos conside-

raciones: uno, que nada intrínseco hay en la antropología que la torne crítica. Segundo, que al hacer este ejercicio me planteo desde una perspectiva pragmática, empírica y reflexiva, asumiendo la triple condición de los hechos sociales: que existen, que son socialmente construidos y que su existencia está sujeta a transformación.

Continuar en una crítica al discurso disciplinario resulta, a estas alturas, sobreabundante majaderamente en lo dicho. En nuestro ejercicio resulta más cómodo, en mi opinión, asumir algunas de estas críticas a fin de avanzar por senderos más fértiles para la producción de un conocimiento que permita producir las transformaciones. Mi punto de partida es la consideración de los antropólogos y antropólogas como testigos críticos de la escena colonial, entendida en función del doble movimiento que inducen los capitales en las sociedades colonizadas: el drenaje de los recursos locales y la apertura para los mercados de los productos generados por las economías de escala, movimiento que exige la fricción cultural como condición necesaria para su realización

A partir de la revisión crítica de la práctica disciplinaria, planteo la posibilidad de generar un empirismo reflexivo históricamente situado a fin de (i) Evidenciar las estructuras de dominación, (ii) desmantelar los discursos opresivos a nivel local y extralocal, y (iii) generar propuestas que recuperen para el colectivo representaciones y prácticas emancipatorias. Planteo la necesidad de hacer este ejercicio a partir de la recuperación de información en áreas omitidas de la reflexión antropológica, especialmente en lo concerniente a los eslabonamientos que, sin consideración de la geografía, permiten a los oprimidos mantenerse vinculados, y a las estructuras de poder que localmente constriñen en la situación colonial a quienes la historia ha tornado desposeídos.

* Universidad Austral de Chile, jskewes@uach.cl

La escena colonial

Al asumir esta perspectiva incluimos el análisis de la historicidad que da origen a la disciplina, a saber, el proyecto colonial. La expansión capitalista se instala en el corazón de las relaciones internacionales y reclama para sí mecanismos que aseguran su reproducción. La mirada antropológica constituye, en este contexto, un punto de inflexión a través del cual la escena colonial cobra vida y donde, a lo menos desde ciertas perspectivas, pueden elucidarse (y, eventualmente, desmantelarse) los mecanismos de dominación que caracterizan dicha escena.

La escena colonial, entendida en el contexto de la gran expansión capitalista tal cual se la describe en las obras de Braudel (1984), Wallerstein (2003), Mintz (1985) y Wolf (1987), se relaciona con el doble movimiento que inducen los capitales en las sociedades colonizadas: el drenaje de los recursos locales y la apertura para los mercados de los productos generados por las economías de escala. Las nociones básicas de desposeído y proletario cobran plena vigencia y significación en este contexto.

Tal como lo sugiere Amin (1974), la escena colonial incluye a lo menos tres momentos: el despojo o acumulación primitiva que por lo general se corresponde con un acto de fuerza militar o político; la dependencia económica de las comunidades locales respecto de la provisión de los recursos para la subsistencia, y la proletarianización (incompleta) de la sociedad colonizada a fin de obtener los medios para su propia reproducción. En su expansión, la economía capitalista regenera estos procesos en una espiral de complejidad creciente que va desde la tierra hasta el material genético de las especies y procesos que se incorporan a los mercados (Escobar 1998).

En lo fundamental, la escena colonial involucra cinco aspectos: (i) una población local y sus recursos, (ii) una intermediación cultural, (iii) una situación de dependencia respecto de los mercados y de la acción de grupos de poder, (iv) un soporte político institucional, y (v) un orden jurídico.

(i) La escena colonial está poblada por personas y grupos que, por su emplazamiento histórico, han pasado a ser objeto de la intervención externa. No se trata de comunidades homogéneas, indivisas o "auténticas". Se trata bien más de grupos humanos heterogéneos, constituidos en torno a intereses diversos y que el compartir un nicho histórico no les confiere unidad sustantiva. Lo que caracte-

riza a estos grupos en su heterogeneidad es, justamente, la situación colonial o de dependencia que los atraviesa. Semejante dependencia es el producto de su incorporación a los mercados.

- (ii) La escena colonial está marcada por la fricción cultural. En efecto, es condición *sine qua non* la aculturación para los fines de la dominación. La presencia de intermediarios y la difusión de los valores, símbolos y representaciones de las culturas en contacto garantizan, entre otras cosas, la maniobrabilidad de la situación colonial y, eventualmente, la legitimación política del orden colonial (Fanon 1969).
- (iii) Las comunidades locales han sido intervenidas de modo que sus posibilidades de reproducción se han visto diezmadas al punto de requerir con su entorno regional, nacional o internacional de intercambios desiguales o desventajosos para poder seguir existiendo. El despojo fuerza la recuperación, vía venta de la fuerza de trabajo o reorientación de la actividad productiva, de aquellos recursos estratégicos para conservar las posibilidades de una reproducción social. En principio esto se logra sea por vía privaciones, intensificación en la explotación de recursos alternativos o por la innovación. De no ser así, como habitualmente ocurre, son pocas alternativas las que quedan frente a la opción más común: vender la fuerza de trabajo según sea quienes puedan o deban hacerlo. Al ocurrir esto nos enfrentamos a la situación de dependencia que traba a buena parte de las comunidades rurales e indígenas.
- (iv) Una de las culturas tal vez menos estudiada sea la de las instituciones que operan como soporte de las empresas coloniales, especialmente el Estado.
- (v) El orden jurídico, la ley, amparado por la exclusividad en el uso de la fuerza por parte del estado es la condición definitiva para garantizar la continuación del régimen colonial.

No es mi interés abundar en la descripción de estos procesos sino más bien subrayar que los encuentros culturales de los que somos testigos privilegiados no ocurren *in vacuo*. Ocurren en tiempos y espacios históricos donde los actores sociales se posicionan en relaciones de desigualdad que tienen la extraordinaria facultad de autoreproducirse.

La fragmentación y desarticulación de los colectivos aparecen como subproductos de la expansión capitalista (Giddens 1990). La operación de estos procesos con-

lleva la anulación de las fuerzas políticas que, eventualmente, ponen freno o limitan la expansión de los capitales. Los proyectos emancipatorios constituyen, desde esta perspectiva, alternativas contrahegemónicas que fortalecen la acción colectiva fundada en relaciones no mercantiles. Tal pareciera ser una posibilidad interesante para el posicionamiento disciplinar.

Desde esta perspectiva, más que denunciar a la antropología como un proyecto colonial, lo que pretendo en este artículo es destacar el rol subversivo que puede desempeñar la antropología en un escenario como el actual, donde los espacios locales sufren procesos de profunda transformación producto de la expansión capitalista. No niego con ello la posibilidad ni mucho menos el uso que a la antropología se ha dado como herramienta colonizadora. Mi interés no es el de abundar en una crítica ya hecha, sino el de abrir un espacio donde la perspectiva crítica pueda transformarse en una propuesta emancipadora.

Las muchas miradas

La historia disciplinaria bien puede describirse como las cambiantes respuestas que la disciplina ha intentado dar a las diversas modalidades de interacción que, en el contexto de una sociedad colonial se han producido, entre las poblaciones humanas que por esta vía se han puesto en contacto. Así, pues, la antropología ha respondido a los distintos modos de producción de conocimiento y las relaciones de poder que a través de ellas se movilizan. Dicho de otra manera, la antropología ha operado en buena parte bajo la forma de una inflexión en los procesos sociales mediados por relaciones de poder.

La literatura antropológica abunda en lo extraño. Su ejercicio, en buena medida, se ha constituido en tomar en familiar lo exótico y en exótico lo cotidiano. En el hecho, la *invención de la cultura* no es sino el oficio de nombrar las diferencias que los choques, encuentros y fricciones culturales ponen en evidencia (Wagner 1975). La disciplina se ha dado a la tarea de crear y recrear al otro, y, al hacerlo, ha puesto de relieve tanto a aquel como a sí misma. En este sentido, cada etnografía debiera ser considerada como una suerte de síntesis entre quien a través de ella es descrito y quien ha hecho la descripción, y, por lo mismo, la encarnación de las relaciones coloniales que han dominado en un cierto período.

Al prospectar lo omitido, aquello de lo cual los discursos de occidente se han negado a mencionar siquiera, la antropología ha tenido el papel de rescatar el inconciente

de la humanidad, en palabras de Foucault. En este sentido, la disciplina ha permitido ahondar en dimensiones abandonadas por las corrientes de pensamiento hegemónicas que han acompañado la expansión capitalista en los últimos tres siglos. Fruto de tal esfuerzo, la antropología ha jugado para bien y para mal su papel de mediador cultural: sea para facilitar procesos coloniales y modernizadores, sea para proteger y promover la alteridad.

El discurso disciplinario, sin embargo, ha producido su propia hegemonía, estableciendo un canon que, entre otros aspectos, contribuyó a crear:

- (i) La orientalización del otro, en el sentido que Said (1990) describe, a saber, la representación de una alteridad que permite validar las premisas del yo. "Si es que el oriente existe en alguna parte, lo es en Europa".
- (ii) Al conceptuar al otro en un tiempo y una geografía imaginaria, el discurso hegemónico en la antropología ha logrado anular la coevalecencia de fenómenos que en adelante se entiende como desaparecidos. Johannes Fabian (1983) puso en evidencia los procedimientos retóricos que permitían constituir al otro en una suerte de *ilo tempore* cuyo transcurso era ajeno al decurso de la sociedad de la cual la antropología provenía. Tal cual lo sugiriera una treintena de años antes Edmund Leach (1972), la antropología invitaba a hablar de los Nuer como si estos existieran con independencia de la administración colonial. El otro constituía otro mundo, gobernado por sus propias leyes y ajeno al discurrir de la civilización que los encontraba y describía en lo que Herskovits (1952) llamara "el laboratorio natural" de la antropología.
- (iii) El efecto inevitable de esta ruptura ontológica se tradujo por mucho tiempo en una inconmensurabilidad ética entre las culturas. Tomemos el ejemplo de los ritos de iniciación femenina en el Sudán y las tierras de norte de África. Hasta fines de 1970 tales prácticas fueron descritas como parte de las actividades propias de los procesos de incorporación al mundo adulto de las mujeres. Sólo a partir de la década siguiente y en virtud de reclamaciones internas y externas la práctica comienza a ser reconceptualizada y entendida como mutilación genital.
- (iv) El ejemplo recién citado nos puede llevar más lejos. En efecto, la mutilación genital corresponde a una interpretación local del Corán y se inserta dentro de los arreglos matrimoniales que tienen

lugar entre los pueblos de la región. Está claro que, a pesar de lo generalizada que se encuentra esta visión no es ella única ni incontestada. Se trata de un discurso hegemónico con el que los antropólogos no tuvieron problemas de alinearse entre 1930 y 1980. El relativismo cultural, anclado en la obra de Franz Boas y bajo la égida de Sapir-Whorf, tuvo el doble destino de celebrar la diferencia y enmudecer frente a la opresión: “Críticos adentro, conformistas afuera” fue el estigma de una época. Acogido por jefes, caciques y pequeños dictadores, el visitante no podía constatar sino que había llegado al mejor de los mundos. Lo que hoy, empero, se exige a la disciplina dista de este “conformismo afuera”. Hoy sabemos, por ejemplo, que las culturas no son intrínsecamente buenas, ni que los tiempos venideros son mejores que los pasados, y, más importante aún, que las culturas no benefician por igual a todos sus cultores (Taylor 1993).

- (v) El último aspecto del que quisiéramos ocuparnos se relaciona con las omisiones de las que pecan tanto la antropología moderna como la postmoderna. La proclamación del otro en la antropología no lo es de cualquier otro, no es de todos los otros. Anchas encuentran las puertas disciplinarias quienes mejor puedan representar, encarnar o ilustrar la noción de origen. Los *pueblos originarios* son parte del festín antropológico, son los que mejor ilustran la gran narrativa de occidente acerca del progreso. La celebración del origen, karma disciplinario, se torna especialmente excluyente cuando el origen se ha “contaminado” de occidentalismos de cualquier especie (Rosaldo 1991). Resulta especialmente decepcionante para el viajero étnico encontrar a su otro vestido con camisetas *Nike* de segunda mano, con *shorts* y estampados del *Chicago Bulls*. No es este el nativo que se busca.

¿Quiénes son los grandes ausentes en las narrativas disciplinarias?

Las masas de refugiados en tiendas de nylon en África, los miles de residentes de todos los Soweto del mundo, los viejos y viejas abandonados por las generaciones más prósperas, los enfermos de todo tipo, las extenuadas clases medias que sostienen sus vidas sobre la base de su sobreexplotación en multitiendas, servicios de la educación, la salud y el transporte, los obreros y obreras esclavizados en factorías insalubres, los mendicantes, las mujeres aisladas en proyectos

habitacionales, los maltratados y ofendidos, los deudores y suicidas de las economías en expansión. Es posible que en todos estos grupos poco y nada haya de indígena aunque mucho de indigencia.

Así planteada la mirada antropológica no cabe duda, al menos desde este punto de vista que sus productos, que las representaciones del otro son parte de la realidad política, económica y social, alcanzando así su gravitación histórica. El oficio de la antropología no puede desvincularse, pues, de los efectos de sus productos (Geertz 1989).

Posibles miradas

La propuesta importa reposicionar a la antropología frente a la diferencia, asumir que la diferencia encarna relaciones de poder y que, justamente, las zonas invisibles de tales diferencias dan cuenta de los sistemas opresivos que las gobiernan. Desde esta perspectiva cabe a la antropología asumir la escena colonial como el espacio para su re-flexión.

Una mirada desde la antropología crítica fuerza a reconsiderar la contribución disciplinaria a partir del desmantelamiento de aquellos mecanismos implícitos en la construcción del sujeto antropológico y cuya operación refuerza la otredad como una condición de exclusión política y subordinación cultural.

Cabe a la antropología reconocerse como sujeto. La producción de conocimiento nos posiciona como juez y parte de la escena colonial (Bastide 1971). La tarea puede plantearse en términos de:

- (i) La situación social vivida encarna estructuras de dominación. Se trata, en consecuencia, de evidenciar la escena colonial.
- (ii) Escribir contra la cultura. Las narrativas hegemónicas representan formas de dominación que no pueden soslayarse. El trabajo de campo no se reduce a la mera traducción de discursos culturales localmente establecidos sino en la capacidad que el etnógrafo tiene de recoger la heteroglosia y confrontarla con los discursos hegemónicos (Abu-Lughod 1993).
- (iii) Se trata de la construcción de un discurso a través de un proceso hermenéutico colectivo, donde el antropólogo tiene la tarea no menor de evidenciar el inconciente de la situación social vivida. La antropología crítica requiere desarrollar sistemas regulados de representación, sujetos a formas de validación y de control y cuyos productos sean instrumentales para la acumulación del co-

nocimiento como para los proyectos de emancipación desde los niveles más íntimos del espacio colonial hasta los espacios más globales.

- (iv) La tarea para la etnografía no es menor en este contexto. Lo que se procura es hilvanar la circunstancia local con el entorno regional y global. La pregunta para el trabajador de campo consiste en identificar el o los proyectos subordinados que animan la circunstancia local y tejer a partir de ellos los nexos que plantean alternativas emancipadoras. Bajo este supuesto cabe al etnógrafo el suficiente protagonismo para ejercitar juicios históricos o hipótesis críticas acerca de la pertinencia y viabilidad de las diversas opciones. Semejante ejercicio atraviesa por los distintos niveles por los que discurre la vida social y supone emancipaciones desde lo personal a lo social.

En este último sentido hay un par de omisiones no menores de la literatura antropológica y de las que cabría hacerse eco a la antropología crítica. La primera de ellas dice relación con el entorno estructural en que se desenvuelve la vida cotidiana de las clases oprimidas. En efecto, un manto de invisibilidad se cierne sobre los encadenamientos que constriñen los espacios locales al efecto colonial que antes he descrito. Tales encadenamientos se relacionan con las redes de intermediarios, grandes propietarios, caciques y partidos políticos, actores institucionales y representantes del orden público, contratistas y concesionarios de todo tipo, traficantes, policías, inversionistas y especuladores que circundan el espacio local y cuya existencia rara vez se documenta en la literatura antropológica.

De otra también la disciplina no se ha hecho eco suficiente de hilos más esperanzadores que conectan al actor local con su entorno regional, nacional e internacional. Una buena parte de nuestros entrevistados ha visto emigrar a hermanos y parientes a ciudades intermedias, a la capital y a Estados Unidos, Canadá y Europa. Mensualmente bajan de los cerros mujeres de todas las edades y hombres ancianos a cobrar las pensiones asistenciales que otorga el Estado. No pocos son los hijos que laboran en las plantaciones forestales e hijas que lo hacen en la industria del salmón. La muerte de un familiar convoca a buena parte de estos parientes y las cosechas del verano suman la fuerza de trabajo de los emigrados a la explotación familiar. Son estas las conexiones que literalmente dan vida a vastos sectores en nuestro país. Sin embargo, no es mucho lo que de ellos sabemos.

Desde la última perspectiva, los conocimientos generados por la antropología crítica prueban su validez histórica en términos de su organicidad con respecto de los procesos sociales que nutren y de los cuales se nutren. Semejantes discursos cobran realidad a través del fortalecimiento del ser colectivo, de la instauración de relaciones no mercantiles y de la instauración de barreras a la apropiación capitalista de los espacios sociales. Tal es una agenda política más que académica pero, en tanto tal, requiere de insumos validados científicamente. La tarea disciplinaria, en este sentido, no puede escapar a algunos de los cánones vigentes para la construcción de conocimiento. De lo contrario la apuesta no es sino ideológica y no se necesita de tanta antropología para generar tanta ideología.

Conclusiones

En suma, la antropología tiene a su haber la posibilidad de generar un empirismo reflexivo históricamente situado y capaz de documentar los espacios de fricción cultural y desentrañar las estructuras coloniales que les gobiernan. Para ello se plantea el desafío de generar un protagonismo intelectual capaz de desentrañar de las prácticas históricas de las poblaciones locales proyectos emancipatorios, proyectos susceptibles de ser hipotéticamente evaluados.

El carácter de juez y parte de la disciplina y sus cultores plantean en el escenario actual decisiones dolorosas. Reconocer, por ejemplo, la existencia de discursos hegemónicos al interior de lo local supone rupturas con quienes los detentan. Al así plantear estos dilemas surgen cuestionamientos éticos que antes estuvieron suspendidos. Sin embargo, hace mucho tiempo que la disciplina ha transitado por aguas divididas y no puede seguir escudándose en la "comunidad", el "pueblo", los "originarios", las "mujeres", los "niños, viejos y desvalidos" o a la "clase" para soslayar las injusticias internas que en nombre de tales ideales se cometen.

Tampoco puede la disciplina contentarse con desconocer los determinantes externos que concurren a la constitución de los hechos locales. Más que nunca se necesita mapear las propiedades aldeañas, las plantaciones forestales, las heredades de inversionistas privados, el emplazamiento de proyectos hidroeléctricos, viales y de conurbación. La realidad existe más en función de tales determinantes que en función de sí misma y es tarea de la etnografía evidenciar la interfase que se produce entre lo local y lo extralocal.

Sin embargo, esta interfase reconocer poderosos engranajes emancipatorios descuidados por la antropología. Una buena parte de los campesinos depende hoy de remesas externas, subsidios estatales y de la reciprocidad con los emigrados. Starn (1991) ha mucho demostrado como la antropología había perdido de vista la revolución: los eslabonamientos sociales entre aldeas y ciudades permitían un fluido flujo de información para la acción del Sendero Luminoso. Este mismo eslabonamiento da vida a redes urbano-rurales, nacionales e internacionales, de las que se sirven las clases subalternas a la hora de encarar la tarea de la subsistencia y cuyo funcionamiento es apenas conocido en la literatura antropológica.

Desde esta perspectiva cabe, en resumen, abrirse a la posibilidad de: (i) Evidenciar las estructuras de dominación, (ii) dismantelar los discursos opresivos a nivel local y extralocal, y (iii) generar propuestas que recuperen para el colectivo representaciones y prácticas emancipatorias. Asimismo, se plantean tareas no menores que se relacionan con: (iv) identificar las vinculaciones emancipatorias de los medios locales y sus entornos nacionales e internacionales, y (v) concluir "el mapa étnico de la nación", esto es, hacerse cargo de las porciones antropológicamente no vistas del territorio, a saber, tanto de las ciudadanías intermedias y mestizas, como de aquella del quintil superior de la cual poco y nada sabemos.

Bibliografía

ABU-LUGHOD, LILA. 1993. *Writing women's worlds: Bedouin stories*. University of California Press, Berkeley, California.

AMIN, SAMIR. 1974. *Accumulation on a world scale: A critique of the theory of underdevelopment*. 2 vols. Monthly Review Press, New York.

BASTIDE, ROGER. 1971. *Antropología aplicada*. Amorrotu, Buenos Aires.

BRAUDEL, FERDINAND. 1984. *Civilización material, economía y capitalismo siglos XV-XVII*. Alianza, Madrid.

ESCOBAR, ARTURO. 1998. Whose knowledge, Whose nature? Biodiversity, conservation, and the political ecology of social movements. *Journal of Political Ecology*, 5: 53-82.

FABIAN, JOHANNES. 1983. *Time and the other: How anthropology makes its object*. Columbia University Press, New York.

FANON, FRANZ. 1969. *Los condenados de la tierra*. Fondo de Cultura Económica, México.

GEERTZ, CLIFFORD. 1989. *El antropólogo como autor*. Paidós, Barcelona.

GIDDENS, ANTHONY. 1990. *The consequences of modernity*. Polity Press, Cambridge

HERSKOVITS, MELVILLE J. 1966. *El hombre y sus obras*. Fondo de Cultura Económica, México.

LEACH, EDMUND. 1972. *Replanteamiento de la Antropología*. SeixBarral, Barcelona.

MINTZ, SYDNEY. 1985. *Sweetness and power. The political, social, and economic effects of sugar the modern world*. Viking, New York.

ROSALDO, RENATO. 1991. *Cultura y verdad*. Grijalbo, México.

SAID, EDWARD. 1990. *Orientalismo*. Libertarias, Madrid.

STARN, ORIN. 1991. Missing the Revolution: anthropologists and the war in Peru. *Cultural Anthropology* 6, 1: 163-91.

TAYLOR, CHARLES. 1993. *El multiculturalismo y la "política del reconocimiento"*. Fondo Cultura Económica, México.

WAGNER, ROY. 1975. *The invention of culture*. Prentice-Hall, Englewood Cliffs, N.J.

WALLERSTEIN, IMMANUEL. 2003. *El capitalismo histórico*. 5ª. Edición. Siglo Veintiuno, México.

WOLF, ERIC. 1987. *Europa y la gente sin historia*. Fondo Cultura Económica, México.